

cada una de las décadas y fusionarla de la manera más ridícula posible: el tam-go con el merengue (gracias, Moisés Angulo), el pop-ro con los vaqueros (gracias, Iván y sus bam bam), y hasta shows de strippers con música de Vivaldi (tal vez, la mezcla menos desafortunada). Los noventa fueron fusión, desidia, un montón de patos locos que no sabían adónde volar cuando el tiempo cambiara

Theatre of pain del 85), porque es mi himno personal y, si la humanidad se acaba por egoísmo y soy yo quien debe asumir el papel de DJ del apocalipsis, pues de malas, se aguantan, igual se van a morir. Luego, seguramente habría una estampida de policías carabineros y zorreros en carretas recogiendo chatarra —al final de los días todo se reducirá a chatarra—, y sería fácil entrar en pánico y verlos

de Megadeth, depende de qué tan molestos estemos. Yo haría algo que nunca hacen los DJ: preguntarle a la gente cuál de estas canciones quiere escuchar. Como no tendrían boca para responder, mandaría las dos canciones en estéreo —una por el canal de la derecha y otra por el de la izquierda—, y que muramos como vivimos, con el cerebro partido entre dos aguas, entre la realidad y la

como jinetes del apocalipsis, entonces yo pondría “The four horsemen” de Metallica (*Kill ‘em all*, 1983); hasta el nombre del álbum le queda bien a la situación.


Al rato, con toda la gente corriendo y saltando porque el piso del mundo arde como en los primeros días, sonaría algo como “Welcome to the jungle”, pero cuál “welcome” si ya nos vamos y cuál “jungle”

irrealidad, entre el caos y la congoja, entre el éxtasis y la pereza, entre el egoísmo colectivo y el colectivismo individual.

No me preocuparía por poner canciones en español, francés, checo o húngaro, porque al final de todas las cuentas, la Tierra será una gran Babel donde —como en la poesía— no importe el significado literal de las palabras, sino lo que esos fonemas o sonidos

Alejandro Cortés
González
(1977)

¿FIN DEL MUNDO? ¿Por qué, si íbamos tan bien? ¿No lo vi venir?... Por favor. Estas preguntas ya no tienen lugar. De hecho, nosotros tampoco tendríamos lugar. Lo único que yo podría cambiar en este



Para mí, como amante del glam y hard rock de los ochenta, todo pudo haberse acabado en los noventa, cuando MTV dejó de transmitir canciones y se extendió esa tendencia perezosa de reencauchar música de

emputados, como cuando termina un buen concierto donde no tocaron las canciones que esperaba-mos. ¡Eso! Que nos vaya-mos saltando de euforia y no como unos malagrade-cidos con el mundo que jamás los entendió. ¡De malas! Nunca ha habido presente para remediar el pasado. A los que se quejan de incomprendidos les tocará madurar en el infierno—a ver si hay—y a ver si se dan cuenta de que

escenario sería mi reacción ante lo inevitable: si llega el fin del mundo, quiero que me encuentre cantando. Que suenen todas las canciones de despedida—ojalá que sean más furiosas que nostálgicas—, porque sin futuro no habrá oportunidad para sentir la emoción prolongada de la nostalgia; la furia, en cambio, es un impulso inmediato, así que tendríamos tiempo de irnos medio eufóricos y medio

playlist del fin de nuestro cuando termine de sonar la que después del apocalipsis, aire sulfatado. Sospecho de una densa bruma de algunas criaturas unicelulares y volcánica. Quizá queden son más que vómito de lava obras y sus luchas ahora no amigos”. La humanidad, sus de la Warner: “Eso es todo, el cielo aparecerá el conejo tros. Y listo, ¡chanchán! En ellos construyan en nosotros significados que nos hagan sentir y los

tiempo, cuando el planeta amanezca con la resaca de la aniquilación del hombre, sobrevivirá una rockola, una lejana rockola, tal vez protegida por las piedras del Tunjo, donde suenen las “Reminiscencias” de Julio Jaramillo. ¿Se les ocurre algún otro inmortal?



película de los *gremlins*, esa donde se retuercen en ácido. Bueno, en este punto ya nos iríamos del planeta; no hay cuerpo que resista tanto. Las culpas, el miedo, la ira y hasta la nostalgia nos las habrá sacado a patadas el fuego. Lo único que resta es despedirse con un poco de dignidad. Quedaría entonces la cuenta regresiva, el “The final countdown” de Europe, o el “Countdown to extinction”

si la deforestamos, así que estaremos saltando y echándonos la culpa, entonces pondría “Who made who” de AC/DC (*Who made who*, 1986) que, gracias a la distorsión del Marshall de Angus Young y al desgarrado sobreagudo de Brian Johnson, emularía muy bien los gritos del gentío sobre el suelo caliente, como *gremlins* retorcidos en ácido o crispetas en el sartén antes de ver la

de dígito. Ahora que llevamos dos décadas de este nuevo siglo, dos décadas reponiéndonos de esa apatía pero con la globalización y la inmediatez respitándonos en la naca, no hemos sacado un momento para decidir hacia dónde vamos. Como será de caótico el asunto que cuando la pandemia nos encerró en casa, muchos enloquecieron al darse cuenta de que estar afuera no significaba tener un destino.

Apenas dos décadas de este siglo, unos meses de encierro y ya alucinamos con el fin del mundo y su *playlist*. Sólo se me ocurren canciones de los ochenta, la penúltima década en que la música representaba una ideología, cualquiera que esta fuera. En mi *playlist* pondría—quienes me conocen saben que esta respuesta es obvia—“Home sweet home” de Mötley Crüe (la versión original del